

# el Estado capitalista: respuestas a Nicos Poulantzas\*

RALPH MILIBAND

Con gusto recibo la crítica de Nicos Poulantzas a *El Estado en la sociedad capitalista* en la edición pasada de la *New Left Review*, ya que es exactamente la clase de discusión más adecuada para contribuir a la elucidación de conceptos y puntos que están en general de acuerdo con la “izquierda” por ser de crucial importancia para el proyecto socialista, aun cuando ha tenido por largo tiempo una atención inadecuada, o más todavía, ninguna atención del todo.

Mientras que algunas de las críticas de Poulantzas son, como trataré de demostrar, injustificadas, mi propósito en los comentarios siguientes es, sólo incidentalmente, “defender” el libro. Mi principal propósito es, mejor dicho, dedicarme a algunos puntos generales, los cuales surgen de su reseña y que me parecen de interés particular en la investigación de la naturaleza y el papel del Estado en la sociedad capitalista.

## 1. *El problema del método*

El primer punto concierne a la cuestión del método. Poulantzas sugiere que, sin apoyar los méritos del libro (de los que él es más que generoso), el análisis que intento está viciado por la ausencia de una “problemática” que situaría adecuadamente los hechos concretos. En efecto, Poulantzas me acusa con lo que C. Wright Mills llamó “empirismo abstracto”, y con lo que yo mismo, como suele suceder, culpo a los escritores pluralistas.<sup>1</sup> Poulantzas sienta, bastante correctamente, que “una precondition de cualquier enfoque científico a lo ‘concreto’ es hacer explícitos los principios epistemológicos de su propio trato con él”; continuando después al decir que “Miliband por ninguna parte trata con la

teoría marxista del Estado como tal, aunque está implícita constantemente en su obra” (p. 69). De hecho, doy en forma bastante explícita un esquema de la teoría marxista del Estado,<sup>2</sup> pero indudablemente en forma muy breve. Una razón para esto, bastante aparte del hecho de que en otra parte haya discutido la teoría marxista del Estado,<sup>3</sup> es que, habiendo bosquejado esta teoría, mi interés estaba en colocarla en contra del dominante punto de vista pluralista-democrático y en demostrar las deficiencias de este último, en el único modo que me parece posible, a saber, en términos empíricos. Es perfectamente correcto para Poulantzas acentuar la importancia de una “problemática” apropiada en semejante empresa y es probablemente cierto que la mía es insuficientemente elucidada, pero desde que él nota que tal “problemática” está “constantemente implícita en mi trabajo”, dudo que mi exposición esté tan viciada por deformaciones empiristas como él sugiere; que la “problemática” requerida no está ausente de mi trabajo, y que por lo tanto no soy llevado “a atacar las ideologías burguesas del Estado mientras se coloca —yo mismo— en su propio terreno” (p. 69).

Poulantzas da como un ejemplo de su alegada falta el hecho que, mientras yo mantengo contra los escritores pluralistas el punto de vista que una pluralidad de élites no excluye la existencia de una clase gobernante (y yo de hecho titulé un capítulo como “Élites económicas y clase dominante”, fallé en proporcionar una crítica de la noción ideológica de élite y que por lo tanto me coloqué dentro de la “problemática” a la que yo trato de oponerme. Aquí también, sin embargo, dudo si el comentario es justificado. Me doy cuenta del grado en el cual el uso de ciertas palabras y conceptos, ideológica y políticamente, resultan cargados, y ciertamente pro-

\* Tomado de *New Left Review*, Nº 59, Londres, enero-febrero, 1970, pp. 53-64. Tradujo Rogelio Padilla Ibarra.

<sup>1</sup> *El Estado en la sociedad capitalista*, p. 172.

<sup>2</sup> *Ibid.*, pp. 5, 93.

<sup>3</sup> “Marx y el Estado” del *Socialist Register*, 1965.

porcionó un número de ejemplos de su uso lejano “inocente”;<sup>4</sup> y de hecho, por esta misma razón dudé de hablar de “élites”. Pero decidí finalmente hacerlo, primeramente porque pensé, tal vez erróneamente, que había adquirido una connotación lo suficientemente neutral (incidentalmente puede ser que tenga en francés un sonido más ideológico que en inglés); porque me pareció, en su sentido neutral, la palabra más conveniente a la mano para sugerir el punto básico sobre “élites” separadas dentro de la clase dominante, además que de hecho son partes de esta clase. Sugiero que la “realidad concreta” encubierta por la noción de “élites plurales” puede ser comprendida “si la noción misma de élites es rechazada” (p. 70). Yo diría que la realidad concreta puede ser sólo comprendida si el concepto de élite es puesto en contra de aquellos que lo usan para propósitos apoloéticos y se demuestra que se requiere la integración en el concepto de una clase dominante o gobernante: hay conceptos de la ciencia social burguesa que pueden ser usados también para propósitos apoloéticos. La empresa puede ser a menudo arriesgada, pero a veces legítima y necesaria.

Sin embargo, el punto general en que Poulantzas se eleva va más lejos del uso de este o ese concepto. De hecho, concierne nada menos que al *status* de investigación empírica y su relación con la teoría. Considerando lo anterior concedería fácilmente que *El Estado en la sociedad capitalista* puede ser insuficientemente “teórico” en el sentido en el que Poulantzas quiere decir; pero también tiendo a pensar que su propio enfoque, como se sugirió en su reseña y en su otro libro importante, *Pouvoir Politique et Classes Sociales*, traducción que en inglés se necesita urgentemente, erra en la dirección opuesta. Para esclarecer este punto, creo posible, al menos en este terreno, estar tan profundamente interesado con la elaboración de “problemática” apropiada y con la evasión de cualquier contaminación con “problemáticas” opuestas, tanto como para perder la visión de la necesidad absoluta de investigación empírica y de la demostración empírica de la falsedad de estas supuestas y apoloéticas “problemáticas”. Poulantzas se declara a sí mismo no estar en contra del estudio de lo “concreto”:

<sup>4</sup> e.g. “Los gobiernos pueden ser únicamente referidos con el mejor funcionamiento de ‘la Economía’. Pero las descripciones de sistemas como ‘la Economía’ como parte del idioma de la ideología, oscurece el proceso real. Pero lo que ha sido mejorado es una economía *capitalista*; y esto asegura que cualquiera que pueda ganar, los intereses capitalistas son los menos indicados para perder” (*op. cit.*, 79, subrayado textual).

yo iré más lejos y sugeriré que, desde luego con base en una “problemática” apropiada, semejante estudio de lo concreto es condición *sine qua non* de la clase de empresa “demistificante”, la cual él amablemente sugiere que mi libro lleva a cabo. Después de todo, no fue otro sino Marx quien enfatizó la importancia de la validación o invalidación empírica y quien dedicó muchos años de su vida precisamente a tal tarea; y mientras no sugiera que por un momento Poulantzas no esté informado de este hecho, pienso que él, así como Louis Althusser y sus colaboradores, pueden tender a concederle bastante menos atención de la que merece. Esto, debo enfatizar, no es una cruda falsa contraproposición de enfoques empíricos contra enfoques no-empíricos o anti-empíricos: es un problema de énfasis, pero aquí éste es importante.

## 2. La naturaleza objetiva del Estado

La crítica de Poulantzas a mi enfoque se extiende sobre otros puntos de diferencia entre nosotros. Pero antes de tratar con esto, quisiera dedicarme muy brevemente a lo que él llama “el falso problema del administrativismo”. El administrativismo *es* un falso problema en un sentido y no en otro. Es un problema falso en el sentido que las “motivaciones” de los administradores (de los que más en un momento) no son tanto como para distinguir estos últimos en ningún modo fundamental de los otros miembros de la clase capitalista: tanto él como yo coincidimos en que la tesis de la ‘corporación espiritual’ es una mistificación. Pero también sugiere que yo atribuyo a los administradores “una importancia que no poseen” (p. 72). Esto me parece que sobreestima el significado del fenómeno “administrativismo” en la organización interna de producción capitalista (lo que incidentalmente, en los escritos de Marx hace cien años no hizo).<sup>5</sup> Poulantzas por su propia parte enfatiza “las diferencias y las relaciones entre fracciones del capital”, mientras que éstas *son* importantes y necesitan ser comprendidas en un análisis político y económico del capitalismo contemporáneo. Discutiría que el énfasis puesto por él a estas diferen-

<sup>5</sup> De hecho *sus* formulaciones pueden ir más allá de lo que puede ser autorizado: “Una gran parte del capital social es empleado por gente que no lo posee y que consecuentemente enfrenta las cosas bastante diferente que el propietario. (*El capital*, Moscú, 1962, III, p. 431). Esta es abolición del modo capitalista de producción dentro del mismo modo capitalista de producción, y de aquí una contradicción autodisolvente, la que *prima facie* representa una mera fase de transición a una forma de producción” (*ibid.*, p. 429).

cias y relaciones, puede oscurecer la cohesión subyacente de estos diversos elementos —y puede bien jugar en las manos de aquellos que enfocan estas diferencias a fin de negar la cohesión fundamental de la clase capitalista en condiciones de capitalismo avanzado.

Más importante es, sin embargo, el que Poulantzas también sugiere que yo concedo indebida importancia y que ciertamente estoy completamente equivocado en concederle *cualquier* importancia a las “motivaciones” de los administradores. De este modo, “la caracterización del sistema social existente como capitalista, no depende en ninguna forma de las motivaciones de la conducta de los administradores... Para caracterizar la posición de la clase de los administradores, no necesita uno referirse a las motivaciones de su conducta, sino solamente a su lugar en la producción y su relación con los dueños de los medios de producción” (p. 71). Creo que uno debe referirse a ambos, no porque las “motivaciones administrativas” sean ellas mismas críticas (y Poulantzas está equivocado si cree que yo lo considero así),<sup>6</sup> sino precisamente a fin de demostrar por qué ellas no lo son. Al ignorarlas completamente, uno deja una peligrosa laguna en el argumento, que necesita ser puesto adelante en contra de las apologías administrativas. Por eso es que yo tomo por ejemplo a Baran y Sweezy, los que dedican mucha atención a la “conducta de los negocios” en su obra *Capital monopolista*.

Esta controversia de “motivaciones” surge también, de manera muy significativa y de gran alcance, en conexión con lo que he denominando la élite del Estado y su relación con la clase gobernante. Poulantzas nota que, con el fin de rebatir las ideologías que afirman la neutralidad del Estado, doy evidencia para demostrar que los miembros de esta clase están comprometidos con el gobierno, y también el grado en el que aquellos que son colocados en las diversas partes del sistema del Estado por origen social, *status*, medio ambiente (pudiendo haber agregado disposiciones ideológicas) están conectados con la clase gobernante. Pero también agrega que este procedimiento, mientras que tenga una “importancia capital *desmistificante*”,<sup>7</sup> “no” es “la más signi-

<sup>6</sup> e.g. “Como el vulgar propietario —empresario en otros tiempos malos—, el administrador moderno, brillante y resplandeciente, debe también someterse a las demandas imperativas inherentes en el sistema del cual es a la vez amo y sirviente; y lo más importante de tal demanda es que debe hacer las ganancias lo ‘más altas posibles’. Cualquiera que sean sus motivos y sus metas, solamente pueden ser satisfechas con base en su éxito en este aspecto” (*El Estado en la sociedad capitalista*, p. 34).

<sup>7</sup> Subrayado textual.

ficativa” (p. 72). La razón por la que él dice lo anterior es tan básica que tengo que citarlo aquí con cierta extensión: “La relación entre la clase burguesa y el Estado es una *relación objetiva*. Esto quiere decir que si la función del Estado en una formación social determinada y los intereses de una clase dominante en esta formación *coinciden*, es por medio de una razón propia del sistema mismo” (p. 73).<sup>8</sup> Similarmente, los miembros del aparato del Estado “funcionan de acuerdo a una unidad interna específica. Su origen de clase —*situación de clase*— retrocede dentro de los antecedentes en relación con lo que los unifica —su *posición de clase*, es decir, el hecho que ellos pertenecen precisamente al aparato del Estado y que tienen como su *función objetiva* la actualización del papel del Estado. La totalidad de este papel coincide con los intereses de la clase gobernante” (pp. 73-4).<sup>9</sup>

Quisiera hacer dos comentarios acerca de esto. El primero y menos importante, es que Poulantzas sobrestima en gran medida el grado en el que tomo en cuenta las “relaciones objetivas” que afectan y forman el papel del Estado. De hecho, repetidamente noto cómo la burocracia, independientemente del origen social, situación de clase y aun de tendencias ideológicas, está sujeto a restricciones estructurales del sistema. Aun así, tal vez debo haber enfatizado más en este aspecto del problema.

Pero sin embargo esto puede ser, creo yo —y este es mi segundo punto— que Poulantzas se encuentra de un lado que va más allá al rechazar la naturaleza de la élite del Estado como algo que no cuenta completamente del todo. En cuanto sugiere con respecto a su *exclusivo* énfasis de las “relaciones objetivas” así como en relación con lo que el Estado realiza, es en particular absoluto y *totalmente* determinado por estas “relaciones objetivas”; en otras palabras, que las restricciones estructurales del sistema son absolutamente forzadas tanto como para volverse en contra de aquellos que desempeñaron algunos puestos en el Estado y que fueron impuestas por el “sistema” sobre los funcionarios y ejecutores de las políticas. Al mismo tiempo, sin embargo, también rechaza la “gran tradición Marxista —que— ha considerado que el Estado es solamente una simple herramienta o instrumento manipulado a voluntad por la clase gobernante” (p. 74). Enfatiza, en cambio, la “relativa autonomía del Estado”. Pero todo esto me parece que hace sustituir la noción de “estructuras

<sup>8</sup> *Idem*.

<sup>9</sup> *Idem*.

objetivas” y de “relaciones objetivas” por la noción de clase gobernante. Pero desde que la clase gobernante es un elemento dominante del sistema hemos, en efecto, regresado al punto de la subordinación de la élite del Estado a esta clase; el Estado no es “manipulado” por la clase gobernante para que haga su mandato: lo hace en forma autónoma pero total por las “relaciones objetivas” impuestas sobre él por el sistema. Poulantzas condena el “economismo” de la Segunda y de la Tercera Internacional y les atribuye su descuido del Estado (p. 68). Pero su propio análisis me parece que conduce directamente a una especie de determinismo estructural, o si no a un super-determinismo estructural, el cual hace imposible una consideración realista de la relación dialéctica entre el Estado y el “sistema”.

Por mi propia parte creo que “el Estado en estas sociedades clasistas es primera e inevitablemente el guardián y protector de los intereses económicos dominantes en ellas. Su misión ‘real’ es asegurar su continuo predominio y no impedirlo”.<sup>10</sup> Pero creo que, dentro de esta “problemática”, la élite del Estado está comprometida en una relación más compleja con el “sistema” y con la sociedad como un todo de lo que el esquema de Poulantzas nos muestra; y que al menos hasta un cierto pero definido e importante grado esta relación está formada por la clase de factores que expongo en el análisis y que Poulantzas rechaza por no considerarlos válidos.

El peligro político de un super-determinismo estructural me parece obvio. En tanto que se sugirió que la élite del Estado está contenida totalmente en las estructuras objetivas, se sigue entonces que no existe *realmente* diferencia entre un Estado gobernado, digamos por constitucionalistas burgueses, sean conservadores o social-demócratas, y otro gobernado por fascistas. Fue el mismo enfoque que condujo al Comintern fatalmente, en su periodo “clase contra clase”, a subestimar lo que la victoria de los nazis podía significar para el movimiento alemán de la clase trabajadora. Lo anterior es una desviación de la ultraizquierda que no es rara actualmente; y es el anverso de una desviación de derecha que asume estos cambios en el gobierno, como por ejemplo la elección de un gobierno social-democrático, acompañada por algunos cambios en el personal del sistema social del Estado, que son suficientes para impartir un carácter enteramente nuevo a la naturaleza y papel del Estado. Ambas son desviaciones y ambas son peligrosas.

<sup>10</sup> *Op. cit.*, p. 265.

Es la misma clase de destrucción de diferencias de formas de gobiernos y de Estado que aparecen en las referencias de Poulantzas con respecto a la “autonomía relativa” del Estado. Sugiere que Marx designó el bonapartismo como “la religión de la burguesía” y que fue “característica de todas las formas del Estado capitalista” (p. 74).<sup>11</sup> Estoy abierto a que se me corrija pero no sé de ningún trabajo de Marx que admita semejante interpretación, y si él hubiera dicho algo que admitiera dicha interpretación estaría totalmente equivocado. En sentido significativo, el Bonapartismo *no* ha sido característica de todas las formas del Estado capitalista, sino al contrario. Lo que Marx dijo fue que el bonapartismo en Francia “fue la única forma de gobierno posible cuando la burguesía había perdido, y la clase trabajadora aún no había adquirido la facultad para gobernar la nación”.<sup>12</sup> Es perfectamente cierto que todos los Estados son hasta cierto grado “autónomos”, y Poulantzas me mal interpreta cuando sugiere que yo “finalmente admito esta autonomía solamente en el caso extremo del fascismo” (p. 74).<sup>13</sup> Lo que digo yo es que el fascismo es el caso extremo de la autonomía del Estado en el contexto de la sociedad capitalista, lo que no es del todo la misma cosa —y que entre la clase de autonomía que es lograda por el Estado bajo el fascismo, implica, al ser lograda así bajo las condiciones de democracia burguesa, un gran océano que no es posible subestimar. Lo anterior raramente me conduce a una apoteosis de la democracia burguesa. Me lleva más bien a decir que “el punto de la crítica socialista de las ‘libertades burguesas’ no es (o no debería ser) que ellas no tengan consecuencias, pero son profundamente inadecuadas y necesitan ser ampliadas por una transformación radical del contexto económico, social y político, condenándolas a la insuficiencia y al desgaste”.<sup>14</sup>

<sup>11</sup> Subrayado textual.

<sup>12</sup> “La guerra civil en Francia”, de las *Obras escogidas*, (Moscu, 1950) I, p. 469.

<sup>13</sup> Es, incidentalmente, este reconocimiento de mi parte de la “autonomía relativa” del Estado lo que me conduce, *inter alia*, a sugerir que Poulantzas también me mal interpreta cuando asienta que mi análisis “converge con la tesis comunista ortodoxa del *capitalismo monopolista de Estado*, de acuerdo con el cual la forma actual del Estado es especificada por las relaciones interpersonales progresivamente más cercanas entre los monopolios y los miembros del aparato del Estado, por la ‘fusión del Estado y los monopolios en un mecanismo particular’” (p. 71). De hecho, creo que este esquema es *simplista* y cuestiona explícitamente su inutilidad (*El Estado en la sociedad capitalista*, p. 11, ft. 2).

<sup>14</sup> *Ibid.*, p. 267.

### 3. Las instituciones ideológicas

En las referencias de Poulantzas a las secciones de mi libro consagradas a la ideología, también surgen puntos de gran sustancia. Sugiere que tanto él como yo “hemos terminado por considerar que la ideología solamente existe en ideas, costumbres o morales, sin ver que la ideología puede ser englobada, en sentido estricto, en *instituciones*” (p. 76).<sup>15</sup> No me puedo confesar culpable del cargo. Lo que él, otra vez muy generosamente, llama mi “amplio y excelente análisis” del sujeto, en forma amplia enfoca, precisamente en las instituciones que son las proveedoras de la ideología y en el grado en que son partes y parcelas, como instituciones, del sistema general de dominación; hago esto en relación con partidos, iglesias, grupos de presión, los mass-media, educación y así sucesivamente. Lo valioso de mi análisis puede ser mi intento en demostrar el hecho de que la “socialización política” es un proceso ejecutado por instituciones, muchas de las cuales nunca cesan de insistir en su carácter “no-ideológico”, “antipolítico” y “neutral”.

El punto más importante es que Poulantzas indica que estas instituciones “pertenecen al sistema del Estado” y propone la tesis que este sistema del Estado “está compuesto por *varios aparatos o instituciones* de los que algunos tienen principalmente un papel restrictivo, y otros principalmente un papel ideológico”, y entre éstos menciona la iglesia, los partidos políticos, las uniones, las escuelas, los mass-media y, desde un cierto punto de vista, la familia (p. 77).<sup>16</sup>

Dudo mucho en relación con esto. Indico en *El Estado en la sociedad capitalista* que el Estado se encuentra progresivamente comprometido en el proceso de “socialización política” y de que desempeña en ciertos aspectos un papel extremadamente importante en él.<sup>17</sup> Pero también pienso que, como justamente es necesario demostrar que las instituciones mencionadas anteriormente *son* parte de un sistema de poder, y que son, como Poulantzas dice, progresivamente ligadas y reforzadas

por el Estado, ya que es importante no ocultar el hecho que ellas no son en las democracias burguesas parte del Estado, sino del sistema político. Estas instituciones *están* progresivamente sujetas a un proceso de “estataización”. Noto también en el libro que el proceso es apropiado para ser mejorado, por el hecho de que el Estado debe, en condiciones de crisis permanente de capitalismo avanzado, asumir aún una responsabilidad más grande para un adoctrinamiento y una mistificación políticas, pero al sugerir que las instituciones relevantes actualmente son parte del sistema del Estado, no me parece que esté de acuerdo con la realidad y tiende a oscurecer la diferencia en ese aspecto, entre estos sistemas políticos y los sistemas donde las instituciones ideológicas son, desde luego, parte de un sistema de poder de Estado monopolista. En los anteriores sistemas, las instituciones ideológicas retienen un altísimo grado de autonomía; y son por lo tanto los mejor capacitados para ocultar el grado en el cual ellas pertenecen al sistema de poder de la sociedad capitalista. La forma en que ellas demuestran hacerlo no es pretendiendo que son parte del sistema del Estado, sino en la forma que ejecuten, fuera del mismo, sus funciones ideológicas.

Finalmente Poulantzas nota que mi libro dice muy poco acerca de las “conclusiones políticas”. Si por “conclusiones políticas” se quiso decir “¿a dónde iremos partiendo de aquí?” y “¿cómo?”, el punto está bien comprendido. No tengo ninguna dificultad en sugerir que el objetivo de los socialistas es crear un orden social auténticamente democrático, una sociedad sinceramente libre de hombres y mujeres gobernados autónomamente, en la cual, de acuerdo con la frase de Marx, el Estado será convertido “de un órgano superimpuesto sobre una sociedad, en uno completamente subordinado a él”.<sup>18</sup> Pero de lo anterior seriamente se levantan muy complejas y extensas cuestiones, las que no creo posible abordar; dejemos que éstas sean contestadas con alguna clase de rigor en el extremo de este libro particular.

<sup>15</sup> Subrayado textual

<sup>16</sup> *Idem.*

<sup>17</sup> *Op. cit.*, pp. 183 y ss.

<sup>18</sup> *Op. cit.*, p. 227.